

Lula y la teología de la liberación

El nuevo presidente brasileño ha levantado expectativas tanto en la derecha como en la izquierda



TONI COMÍN

Estamos en Brasil y tenemos la inmensa fortuna de encontrar algunos amigos de mi madre, amigos ya de antiguo como Leonardo Boff y como Pere Casaldàliga, dom Pedro, con quien pasamos unos días en São Félix do Araguaia. Dos personas inmensas. Ellos y la gente que les acompaña hablan de Lula con extraordinario entusiasmo. Hacia décadas que la izquierda latinoamericana no vivía tanta esperanza. “No, décadas no: ¡quinientos años!”, comentaba Boff con humor.

Lula es en parte hijo del cristianismo de la teología de la liberación. Nos cuentan que su partido, el Partido de los Trabajadores, tuvo tres fuerzas fundacionales: el sindicalismo alternativo impulsado por el propio Lula desde los años setenta, las comunidades cristianas de base y los intelectuales de izquierdas exiliados durante la dictadura militar. Entre estos, por cierto, destacaba Fernando Henrique Cardoso, por quien los líderes del PT, con Lula a la cabeza, hicieron campaña para su elección como senador en los ochenta. Luego Cardoso fundaría el partido socialdemócrata, disputaría dos elecciones presidenciales a su antiguo aliado y las ganaría gracias a la alianza con la derecha mediática (la cadena O Globo) y política (los partidos conservadores). De todos modos, durante los últimos meses parece que Cardoso ha jugado hasta cierto punto la carta de la elección de Lula y que en privado comentó que era su sucesor natural.

No se puede entender la nueva izquierda de Lula sin los movimientos cristianos de liberación. Permítasenos explicarlo por medio de las anécdotas personales. Frei Betto, uno de los teólogos de la liberación más célebre de Brasil, que conoció a Lula en las barriadas de São Paulo en los setenta, durante la dictadura, cuando uno impulsaba el movimiento obrero y el otro animaba las reivindicaciones sociales desde las comunidades cristianas, es tan amigo del nuevo presidente que es como un miembro más de la familia. Lula le ha nombrado oficialmente asesor personal y coordinador de parte del plan “Hambre cero”, la prioridad del gobierno para la legislatura. También Boff mantiene una estrecha relación con este político carismático y honesto que llora en público cuando algo le conmueve, normalmente el hambre y la pobreza de sus compatriotas

que él conoció en su infancia. Estos dos teólogos son los confidentes espirituales de aquellas noches en que el hombre necesita abrir el corazón y no valen los compañeros de la lucha política.

La victoria de Lula ha despertado expectativas inéditas desde hacía décadas en la izquierda a nivel mundial –quizás demasiadas– y va camino de convertirse en su principal referente. Los más optimistas interpretan la victoria de Lula como el símbolo del fin del ciclo neoliberal, esas políticas del FMI que han esquilado América Latina durante veinte años. Por el momento, la lulamanía genera un consenso poco habitual en la izquierda, desde la socialdemocracia más moderada hasta los partidos de tradición comunista.

**Si su experiencia funciona se
habrá abierto una alternativa
muy seria para muchas
sociedades injustas del mundo**

Valga como ilustración la imagen de Fidel Castro y Goran Person, el primer ministro sueco, sentados charlando en la tribuna de invitados el día de la investidura. Aunque, en realidad, el milagro es otro: también el centroderecha, en muchos lugares del mundo, está celebrando la llegada de Lula. *The Economist*, muy dado a actuar como órgano intelectual del pensamiento neoliberal, le dedicó un número en tono elogioso con portada incluida. ¿Quién hubiera nunca imaginado que el comandante Fidel y el *The Economist* podían coincidir en algo? Quizá tengan razón los que dicen que el milagro de Lula consiste en que será capaz de convertir la derecha –la interna y la global– a su programa: la reducción de las desigualdades en el país más desigual del mundo.

Después de la crisis argentina y de las críticas de Stiglitz, las recetas neoliberales del FMI han quedado tocadas. Quizás esto explique la actitud del FMI con Lula. Meses antes de las elecciones, los mercados financieros boicoteaban su eventual victoria, oscilando entre el pánico y la desconfianza. Sin embargo, para atajar la situación y con la mediación de Cardoso, el Fondo decidió conceder el mayor préstamo de toda su historia a Brasil, a sabidas que lo iba a administrar un presidente que, por poner un ejemplo, es un activo defensor del movimiento antiglobaliza-

ción neoliberal. ¿No es ésa otra paradoja considerable? Lula ya explicó que cumpliría los términos del pacto pero que esto no significaba en ningún caso que aceptara la dictadura de los mercados financieros. Conseguir una tregua de la comunidad financiera global, en un mundo donde las democracias están limitadas al poder del capitalismo global, es algo que nos debería animar a pensar que quizás las cosas están empezando a cambiar.

Hace veinte años, durante la presidencia de Reagan, la administración norteamericana elaboró la llamada Declaración de Santa Fe, un documento de lo más peregrino, donde afirmaba que la teología de la liberación era una de las principales amenazas para la seguridad nacional de los EEUU. Insinuaba que era un aliado natural del bloque comunista durante la guerra fría. Obviamente, este análisis no era más que otra de las sandeces surrealistas del imperio, pero quizás en el fondo, en otro sentido y sin ellos saberlo, tenían razón. Si la experiencia de Lula funciona, se habrá abierto una alternativa muy seria para muchas sociedades injustas. Una alternativa que puede poner en tela de juicio el modo de hacer del capitalismo neoliberal y, por ende, del imperialismo unilateral y militarista al que esta economía sin rumbo nos ha conducido.

De hecho, parece que este año 2003 haya decidido que el destino del mundo se dirima entre dos grandes interrogantes: el del éxito o fracaso de la izquierda brasileña en sus reformas sociales profundas, y el del ataque o no del ejército norteamericano a Irak. Ante una globalización indigna de este nombre, dos son las vías que se le proponen al mundo para resolver su fractura, dos vías simbolizadas por la política de Lula y por la de Bush: la vía de la justicia económica y cultural, o la del imperio militar. Lo curioso es que ambos líderes, ambas ideologías tienen un fuerte arraigo en una visión particular y opuesta del cristianismo. Cuentan que en la Casablanca, desde que gobierna Bush, se reza al inicio de cada reunión y que todo está intensamente impregnado de un mesianismo supuestamente cristiano ultraconservador. Y que sólo esto explica el abierto descaro de la doctrina de los ataques preventivos. Mesianismo de derechas, cristianismo de liberación: ¿será que Dios no habló lo bastante claro? □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de ESADE